

BARALT, RAFAEL MARÍA (1819-1860)

POESÍAS AUTOGRÁFICAS Y DE CIRCUNSTANCIAS

INDICE:

LA INSPIRACIÓN

A LA SEÑORITA VENEZOLANA DOÑA TERESA G.

A UNA FLOR MARCHITA

MAÑANA

A UNOS OJOS

LOS SÍMILES

LA HUIDA IMPOSIBLE

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA EMILIA JARA

A UNA COQUETA

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA ENRIQUETA MORA

SUS LABIOS

LO QUE ES ELLA PARA MÍ

EL AMOR VENCIDO

ELEGÍA

AL SOL

SONETO

IMPRECACIÓN AL SOL

AL MAR

EL VIAJERO

ADIÓS A LA PATRIA

A SEVILLA

AL BOMBARDEO DE BARCELONA EN EL AÑO 1843

A LA MEMORIA DE DON ALBERTO LISTA Y ARAGÓN

AL MISMO ASUNTO

PARA LA CORONA POÉTICA QUE LOS AUTORES DRAMÁTICOS DEDICAN AL
SEÑOR CONDE DE SAN LUIS

A LA MEMORIA DE DON NICOLÁS DE AZARA

CONTESTANDO A UNA INVITACIÓN

LA INSPIRACIÓN

¡Inspiración potente!
¡Levántame del suelo en que arrastro,
Entre angustias y enojos,
Como el insecto vil corre entre abrojos,
Sin dejar leve rastro,
De su mísera huella entre la gente!
¡Lejos de mí la tierra y su quebranto!
¡Y lejos de mí el llanto
Que en todo vario clima y tiempo y lengua,
Cual tributo sin mengua,
El hombre al Hacedor con tino envía
De suspiros sin cuento en la armonía!

Lejos de mí los triunfos y la gloria
Que al oro vil da el mundo
O al infame poder que en cieno inmundo
Vela su origen de infernal memoria;
Que si la tierra va a su carro uncida,
Como esclavo sin alma,
De libertad la palma
Quiero en mis manos mantener asida.

Virtud clama doquiera el hombre necio
Y al crimen da por precio
De la misma virtud la esencia pura;
El oro es Dios y la virtud el oro;
Amor es oro y la amistad divina
Se vende al peso en cantidad mezquina.

¡Inspiración, inspiración potente!
Separado del suelo, a la alta cumbre,
Cabalgando en el viento
En raudo movimiento,
Quiero del trono de Jehová fulgente
Con mis ojos mirar la viva lumbre,
Aspirar de su ser la diva esencia
Y de su coro en el perenne canto
Aprender a alabar su nombre santo.

Vague yo en alas de feliz querube,
Traspase el alta cima, el alta nube,
El dominio del sol, y de los mundos
Que pueblan los profundos

Espacios invisibles, injoneados,
Contemple los misterios ignorados;
Siga de los cometas rutilantes
Las luminosas huellas;
Cuenta yo las estrellas,
Y vea en los espacios
De otros mundos y cielos los palacios,
Y nuevo Orfeo en la región precita
Al ángel ciego y su infelice bando
Serenos vea y de su sien maldita
El fuego eterno sin cesar brotando!
¡Albo lucero de sin par belleza
Que al alta diestra del Señor te viste
Y que luego caíste
Al negro abismo en sin igual baja!
Mirarte cerca y contemplarte quiero,
Por ver si el dolor fiero
Que en ti ceba su garra penetrante,
Abate o crispa tu infernal semblante.

¡Inspiración, inspiración potente!
¡El sacro numen pido
Y su divina aureola refulgente,
Aunque del grande Homero
Comparta el hado fiero
Y, del trono de Júpiter caído
Ciego a la tierra, con acerbo llanto
Limosna pida al entonar mi canto;
Aunque del vate que ensalzó de Gama
El grande esfuerzo y la feliz proeza
El hado sufra en su feroz crudeza
Y se apague mi llama,
Abandonado de la patria mía,
Exhalando entre pobres mi agonía!

A LA SEÑORITA VENEZOLANA DOÑA TERESA G.

Si del Guaire gentil en la ribera
Naciste ufana entre risueñas flores,
Y sus plateadas ondas los ardores
Del sol templaron en tu edad primera.

Si allí constante daba primavera
A tus tersas mejillas sus colores;

Si todo te reía, si de amores
En torno a ti brillaba la pradera:
¿Por qué luego, del Betis seducida,
La maternal orilla abandonaste,
Prefiriendo el extraño al propio cielo?

Vuelve, Teresa, a do empezó tu vida,
O pagando el amor que me inspiraste,
Dame una patria en el hispano suelo.

A UNA FLOR MARCHITA

Hija de la mañana
¿por qué abatida la graciosa frente
no ha mucho tan ufana?
¿Qué de tu honor y tu arrogancia queda?
Hoy venturosa y leda
sobre el flexible tallo columpiada
te saludó la aurora
en el rosado Oriente,
cuando de su alma acariciada
junto al arroyo en el vergel naciste;
y hoy el arroyo con murmurio triste,
al fenecer el día en Occidente,
corre, te busca, y al mirarte llora
de tu beldad lozana
el efímero alarde y pompa vana.

Mas ¡cuántos disfrutaste y cuántos diste
bienes preciados, en tu gloria breve!
Del sol enamorado
los vívidos colores recibiste:
ósculo regalado
del céfiro sonante, cuando leve,
tallo, ramas y pétalos movía,
y en la húmeda corola vacilante
al plácido murmullo se adormía:
el pardo ruiseñor con pico de oro
tus néctares bebió: la susurrante
solícita abejuela, dulce cuna
y aun más dulce tesoro
de miel y aromas alcanzó en tu seno;
en tu cáliz sereno
vertió sus rayos la argentada luna;

sus nacaradas gotas el rocío;
y al retratarte en su cristal el río,
sus acentos suaves
unió cantando a los del bosque umbrío,
y al coro de los vientos y las aves.
¿Ni qué voz generosa a tus loores
el tributo negó? Con noble verso
vistiendo tus colores,
tu gloria al universo
dijo la lira; y la campestre avena
con dulce cantinela
en el valle y la vega a los pastores.

En el sublime alcázar peregrino
de mármoles labrado;
en la ramosa gruta; en la cabaña
de informes troncos de silvestre pino;
en el cercado huerto; en la montaña,
perfume regalado,
inefable dulzura, encanto y vida,
con mano igual profusa derramaste;
allí donde brillaste
resplandeció la tierra ennoblecida;
los tendidos desiertos se animaron;
menos horrible pareció el abismo;
y ante el sepulcro mismo,
los ojos que miraron tu hermosura
menos acerbos lágrimas lloraron,
y con menos terror la muerte dura
y sus tristes despojos contemplaron.

Luego, del tallo paternal tronchada,
pobre huérfana errante
¿qué fue de ti, lanzada
de la vida del hombre al torbellino?
¿Fue acaso tu destino
brillar un solo instante
en el mórbido pecho de la dama,
o en su cabello undoso;
irritar del amor la viva llama
en el amante, de tu honor celoso;
y, el labio audaz en tu corola impreso,
mustia tornarte al encendido beso?
¿O en las pompas del templo sacrosanto
desfallecer en medio de esplendores
al grato son de religioso canto,

mezclando tus olores
a la de incienso y mirra blanca nube
que vagarosa del altar se eleva,
con lenta majestad se extiende, y sube,
y a Dios el llanto y la plegaria lleva?
¿O profanada en el festín, la frente
adornar del impuro sibarita
que luego, ingrato, te arrojó marchita
al vil contacto de su sangre ardiente?

Luciste una mañana: no sin gloria.
Nacer para el amor, y en corta vida
de todos bendecida
ser amada y amar: tal es tu historia.
Y morir como el niño que arrancado
al seno de su madre, sube al cielo
en ángel transformado.
Flor es también el niño que prefiere
el Edén inmortal al triste suelo.
¡Cuán amado de Dios es el que muere
en brazos del amor; puesto el oído
al maternal acento; suspendido
al casto pecho por el dulce labio;
sin probar el agravio
de perfidia cruel o duro olvido!

Bella en la vida y en la muerte fuiste:
en la vida y la muerte blando aroma
tus hojas exhalaban,
y tus dulces alientos se mezclaron
del aura leve al generoso aliento
y si nada resiste
de la dura segur al movimiento
que alzados muros con furor desploma,
que alzadas cimas con fragor derrumba,
tú no pruebas sus iras:
con lánguido desmayo en paz expiras,
y perfumada tumba
que el poderoso príncipe envidiara,
más que de oro preciada y de diamante,
en su seno escondido te prepara
sobre el fiel corazón virgen amante.

Pero no: tú no has muerto.
De misterioso impulso arrebatado,
tu cáliz puro, de esplendor cubierto,

aunque en tierno deliquio aprisionado,
al labio llevo y exhalar le miro
perfumado suspiro.

Vives, sí, vives: transparente gota
de la linfa purísima que brota,
de poderosas hidrias espumante,
sobre tus hojas con piedad vertida
venga, y te anime, y otra vez pujante
despierta de tu sueño, flor dormida.
Yo muerta te creí, y en flébil tono
canté tu gloria y tu fugaz ventura
con ronca voz y desmayado acento;
mas si de nuevo al trono
vuelves de la hermosura,
voz más acorde con heroico aliento
eleve el canto que perpetuo dura.

Así, del cielo amado,
fragancias difundiendo expira el justo;
vida encuentra en la muerte, y va sereno,
de espíritus angélicos cercado,
al pie del solio augusto,
de alta esperanza en su justicia lleno.
Vivió, resplandeció, y aroma en torno
de próspera virtud llenó el ambiente:
vestido de piedad, único adorno
fue la virtud de su elevada frente.
Y cuando en hora malhadada, vela
sombra de muerte su sepulcro frío,
aureola brillante
donde el Señor su majestad revela
circunda su semblante.
Ruge el averno: Satanás impío
al báratro se lanza rebramando
seguido de su bando:
él rodeado del divino coro
las ígneas alas apareja al vuelo;
rompe el aire con ímpetu sonoro,
y, feliz vencedor, se eleva al cielo.

Mas si debes morir, flor generosa,
¡Cuán noble todavía
eres en tu agonía!
En torno al corazón las hojas bellas,
en actitud piadosa,
para ocultar las huellas

de la muerte se agrupan, y a porfía,
como amigas fieles,
tu seno cubren y sobre él expiran.
Así cuando ya miran
marchitos sus laureles
las semidiosas que adoró la tierra,
vencidas en la guerra
del crudo tiempo, que con leves alas,
marchitó su hermosura
y en humo y polvo convirtió sus galas,
la frente ocultan donde ya no brilla
de la edad juvenil el dulce fuego;
la rugosa vejez con mano dura
cenizas desparciendo, en la mejilla
que la rosa envidió, su sello imprime,
sorda de la beldad al hondo ruego.
Y en vano, en vano gime
el ídolo deshecho en solitario
altar sin cultos al amor propicios:
las antiguas diademas son cilicios;
y envuelto en el sudario
de la implacable edad que le devora,
recuerda, y pasa, y sin consuelo llora.

¡Oh dulce flor! ¡Oh reina destronada!
¿Qué te valdrá el recato?
¿Por el que antes te amó, céfiro ingrato,
te verás de tu mando despojada
con bárbara osadía;
y el aura matinal, sin conocerte,
sobre la tierra que adornaste un día,
profanando tu muerte,
entre escorias y abrojos
esparcirá tus míseros despojos?
¡Si al menos retratarte
mi rudo verso triunfador pudiera!
¡Si pudiera llevarte
de la inmortalidad a la alta esfera!
Pero mi lira en breve
desfallecida como tú, al quebranto
se rendirá; ni leve
memoria acaso quedará del canto.
Pendiente del ciprés, hondo lamento
en sus cuerdas sonando dará el viento.

MAÑANA

(Imitación de Parny)

No más para mí, Elisa,
brillen tus ojos, o hable tu sonrisa:
no más traidor, en amoroso juego
me ofrezca el labio puro,
miel que trueca perjurio
de ponzoña mortal en vivo fuego.

¿Para qué son amores
si cuanto más fogosos, tus rigores
en humo vano, Elisa, los convierten?
No más necia esperanza
que nunca el bien alcanza,
y dolores no más que te divierten.

Mañana, siempre dices,
Y *mañana* repites:
yo tu amor pagaré, pero infelices,
y es bien que esto medites,
mientras el tiempo de promesa vana
disipa la quimera,
y al par la primavera
marchita de la edad cada *mañana*.
Así que tus engaños
no siempre durarán: los tristes años
sobre tu faz imprimirán su huella;
y *mañana* seremos,
por más que lo lloremos,
menos ardiente yo, tú menos bella.

A UNOS OJOS

Vela tus ojos, niña... o no los veles:
igualmente crueles,
velados o sin velo
roban a mis amores el consuelo;
que si velados, mísero suspiro,
pues si los cierras,
por verlos yo deliro

si abiertos no me miran,
y en torno, amables de otros fuegos giran,
como las simplecillas mariposas,
cuando esquivan las rosas,
y el ala reluciente
quemán incautas en la llama ardiente
más por ver no más quiero.
Pero si he de morir, sólo por verte
muera yo de esa muerte,
hallando a mis enojos
temprano fin en tus fatales ojos.

LOS SÍMILES

Abrasada del sol en el estío
y falta de rocío,
la flor hermosa que miraba al cielo
su tallo con dolor inclina al suelo.
Pero si amiga mano diligente
el cristal de la fuente
sobre sus hojas y en su pie derrama,
de la vida a la flor vuelve la llama
y otra vez con orgullo
se mece de las auras al arrullo.
Yo soy la flor marchita:
el agua tú serás que resucita.

LA HUIDA IMPOSIBLE

Poeta

Duélate de mi mal, ciego divino,
y si cruel me heriste, aguda flecha
También la envía, porque yo la endecha
Cambié de aqueste amor en dulce trino.

Cupido

Lo siento, vate; pero fue destino
de quien tierno la amó, grande cosecha
coger del fruto que el amor desecha;

y tal de tus ternezas es el sino.

Poeta

Mas ya que por amarla condenado
estoy (Jove me asista) a calabazas,
algún medio de huir, dime, ¿no habría?

Cupido

La viste y no hay remedio: al carro atado
irás de su hermosura, que si trazas
de huir hubiera yo las usaría.

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA EMILIA JARA

«La vida en la juventud.»

¡Cuánto es dulce la vida si copioso
su manantial purísimo se vierte
de juventud en la dorada copa,
y en néctar oloroso
al tocar en los labios se convierte!

Dulce es vivir cuando entreabierto apenas
el libro de la vida malhadado,
níveas sus hojas al destino ofrece,
donde el dolor sus penas
con acerba pluma aún no ha grabado:
hojas que aplica el desengaño luego
una tras otra de su hoguera al fuego.

Dulce, muy dulce, si el turbión del mundo
de sangre y barro entre sus olas frías,
no revuelve iracundo
de esperanzas y amor las alegrías;
tal como arrastra el bramador torrente
la dulce flor y el tallo en su corriente.

¡Eres bella cual pinta seductora
imagen que enajena
y el corazón abrasa,

de encanto al par que de misterio llena
en alma joven el pincel de amores,
luz robando a los cielos y colores!

Pues cuando amiga la fortuna instable
en su largueza rara
sus dones todos, todos,
sobre ti derramo muy más avara
fue que contigo al dividir natura
sus divinos encantos y hermosura.

Así cuando gentil al par que noble
en medio te levantas
de preciadas bellezas,
inspirando el amor do quier las plantas
imprime tu beldad, y ejemplo al mundo
de sublime virtud dando fecundo:

En noble acento el inspirado vate
hasta el cielo sublima
del estro arrebatado,
ledo cantando en la apolínea cima,
no de tu frágil cuerpo la hermosura,
sí la del alma que por siempre dura.

Y yo a su plectro sonoro y blando
la oración fervorosa
uno con voz humilde;
y a Dios imploro, y con la faz llorosa
(que nunca enjuta levanté a los cielos)
la vida para ti pido sin duelos,
y amor sin desengaños,
y el angélico Edén de la esperanza
finge tan pronto el bien como lo alcanza.

A UNA COQUETA

¿Por qué me miran benignos
esos tus ojos parleros,
si en su lenguaje, hechiceros,
no me dicen, ¡ay!, un sí?
Y entre dudas y zozobras
ignoro si mi delirio
te causa gozo o martirio,

o si te burlas de mí,
¿por qué me miras así?

Por lisonjearme tan sólo,
claro está, linda señora,
que tu vista no atesora
tanta mirada sutil;
pues aunque el cielo quisiera
volverme de arriba abajo,
le costará buen trabajo
gracia dar a mi perfil.
¿Por qué, pues, mirarme así?

Mas tampoco (a buen seguro)
soy yo feo de tal modo
que parezca un *Quasimodo*,
ni me distinga entre mil,
que a Dios gracias ni verruga,
ni joroba, ni cojera,
puedo ofrecerte que fuera
digno asunto de reír.
¿Por qué, pues, mirarme así?

Que por amor no me miras,
es tan cierto que hay un hombre...
*¿A que no recuerdo el nombre
del necio chisgarabís?...*
Mas el nombre poco importa:
lo que importa es que le quieres,
y que halagarle prefieres
con tus labios de carmín.
¿Por qué, pues, mirarme así?

Tildar de coquetería
a tan cumplida belleza
fuera por cierto torpeza
en amante tan gentil
(hablo de mí no del otro);
ni que eres tonta presumo,
pues demuestra ingenio sumo
tu manera de elegir.
¿Luego a qué mirarme así?

A la verdad ya no acierto,
por más que pienso y cavilo,
a desenredar el hilo

de esta treta mujerial.
Más bien del diablo parece;
pues si al otro así condenas,
a soportar tus cadenas,
yo sólo debo sufrir
cuando me miras así.

Por ende, bella enemiga,
quiero trocar los papeles,
que no gusto de oropeles
ni con miradas vivir.
Y así mi bien los destellos
dale de tus lindos ojos,
y amor en lugar de enojos
reservarás para mí:
o no me mires así.

Mas, ¡ay triste!, que la cuenta
sin la huéspedea he formado,
yo que el corazón postrado
ante tu cielo rendí.
¡Oh Celia!, aunque muerto quede
(a *Cetina* un pensamiento
robo en aqueste momento)
de tus rayos al partir,
mírame por siempre así.

Pues sabes, Celia, que adoro
desde el pie donoso y bello
hasta el dorado cabello
cuanto primor hay en ti,
y que si perlas asoma
de carmín el labio puro,
tiembla el pecho mal seguro
a tu dulce sonreír...
cuando me miras así.

Y también que el vivo fuego
que en tu mirada se enciende,
del rostro al alma trasciende
en raudo vuelo, sutil,
y que herido, absorto, ciego,
a la vez que ardiendo helado,
de su prisión desalado
vuela el corazón a ti...
cuando me miras así.

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA ENRIQUETA MORA

En confuso tropel, cual barre el viento
las hojas secas en el bosque umbrío,
y en cerco polvoroso
la dulce flor con ímpetu violento
en aciago momento:

Del árbol de mi vida así las flores,
así las hojas secas con los años,
vanse al soplo de amargos desengaños
solitarias y tristes, sin olores,
sin formas ni colores.

Náufrago ahora en piélagos sañudo,
sin brújula de amor, busco la gloria,
la riqueza, el poder, o ya en la Historia,
contra el olvido y su silencio mudo,
sagrado y firme escudo.

¡Oh cuán necio afanar! en humo vano
la más cumplida gloria se convierte:
contra el poder y la riqueza hay muerte,
y en la historia del mundo vive ufano
el más impío tirano.

Solo el bien que dispensas siempre dura,
y sólo dura de tu luz la huella:
de la mañana y de la tarde estrella:
nave que a todo viento vas segura.
¡Amistad santa y pura!

No empero la del hombre peregrina,
grande en el labio y en el pecho vana:
quiero la de mujer, que si es humana
cuando con fácil pecho a amar se inclina,
en la amistad divina.

Y si es ángel cual tú cándido y bello
esa mujer, de su amistad sagrada,
báculo de una vida ya cansada,
el rayo virginal ostenta el sello
de celestial destello.

¡Oh de la antigua llama quien pudiera
debajo la ceniza el fuego puro
revivir todavía! A ti seguro
en casta ofrenda humilde la ofreciera,
de amores la postrera.

Mas si el tronco aterido reverdece
de alegre primavera al dulce fuego,
herido por el rayo inclina luego
la arrogante cerviz: nunca más crece,
y abrasado perece.

SUS LABIOS

Puros, rosados, frescos, relucientes,
dulces a quien los mira; al tacto, ardiente.
Y si, oprimidos, blando
aroma y miel brotando...

Pétalos de una flor lozana y pura
dirás que son, pero mi amor te jura
que tus labios son esos,
cuando, abeja de amor, los libo a besos.

LO QUE ES ELLA PARA MÍ

¡Otro celebre, en son grato al oído,
El cantar de las aves no aprendido,
O las pintadas flores
Con sus ricos colores,

O el manto azul que en la celeste esfera
Los refulgentes astros reverbera!
Que tú, para mi amor, Julia, en el suelo
Eres el ruiseñor, la rosa, el cielo.

EL AMOR VENCIDO

(Diálogo entre Cupido y el poeta)

Poeta

El ardor que me inflama, niño avieso,
a Celia ingrata justiciero inspira,
tu dios, ella mujer, y no te aíra,
verla ostentar el corazón ileso.

Cupido

Lleva con gloria de tu amor el peso,
y en tan grande ocasión pulsa la lira.
¿No es sublime el dolor que a Safo inspira
el canto no mortal, en bronce impreso?

Poeta

De intentar el gran salto no respondo,
ni de vate llorón, quiero yo estado,
fugitivo andaré. ¿Dónde me escondo?

Cupido

La viste, y no hay remedio, al carro atado
irás de su hermosura... y yo contigo,
pues es culpa común, igual castigo.

ELEGÍA

(Al suicidio de doña María Josefa de la Cortina)

Arpa que a los dolores
fácil prestas la voz, y en flébil canto,
adversa a los amores
el corazón de llanto
y el alma de terror llenas y espanto.

Arpa de luto y duelo
siembras el desconsuelo;
que con la tumba en pavorosa alianza

y a la acerba membranza
muestras nublado el sol de la esperanza.

Vibra la cuerda agora
a cuyo ronco son el suelo inmundo
desesperado llora,
y un suspiro profundo
lleva a los pies del Hacedor del mundo.

Y dile así: «¡Dios mío!
Tú que riges los orbes, y potentes
al corazón impío
y al que te ama ferviente
penetras con tus ojos igualmente.

Y en tu inmensa justicia
de perfecta balanza y fiel seguro,
sin favor ni malicia
das gloria a lo que es puro
y al crimen sin piedad castigo duro.

Era cual la luciente
lágrima pura de inocente niño;
y generosa fuente
de piedad y cariño
sin fraude vil y sin traidor aliño.

¿Por qué su mano misma
del infeliz en pro jamás cerrada
en la muerte la abisma?
¿Por qué tu ley violada?
¿Por qué del cielo mundo condenada?

Y en sus rasgados ojos
de casto fuego, tímidos lucían
mezclados los enojos
de la lucha se vían
cuando el deber y la virtud porfían.

Más en el rostro hermoso
la virtud en su triunfo se ostentaba;
y el fuego generoso
que del seno brotaba
las pálidas mejillas coloraba.

Como en blanca azucena

que sobre el tallo lánguida se inclina
en mañana serena,
su color purpurina
viste el alba fugaz que la ilumina.

Y el alma semejante
era, Señor, a la del Ángel bueno,
que en tímpano sonante
y de la gracia lleno,
tu excelsa majestad canta sereno.

Y el ingenio divino
las flamígeras alas levantando
al cielo de contino,
en movimiento blando
rastros de luz do quier iba dejando.

Que del purpúreo labio
brotaba luego consolando el lloro
o cautivando al sabio
como entre guijas de oro
fluye cantando manantial sonoro.

Así cuando entre bellas
la planta airosa y noble al par movía,
muy más amada que ellas,
un voto la seguía
de los que al labio el corazón envía.

En su furor pidiendo
tu brazo, contra el malo audaz y fuerte
en sus iras tremendo;
y del justo la suerte:
felice vida y venturosa muerte.

Y en vez de una diadema,
sobre sus albas sienes miró abrojos
de dolores emblema;
y bárbaros enojos
trocar en sangre el llanto de sus ojos.

Y aún forceja y batalla
y aún pide al corazón dulce consuelo
por cenizas halla
y si con vivo anhelo
por ti suspira, la rechaza el cielo.

Y en solitario lecho,
cansados de llorar, los ojos fijos,
se mira con despecho,
entre afanes prolijos,
amante sin galán, madre sin hijos.

Los estériles años
el espíritu gastan y la vida:
de horribles desengaños
postrada y mal herida,
nada a gozar del mundo la convida.

Entonces furibunda
pobre flor sin raíz en la ancha tierra
el fuego que la inunda
y que inútil encierra,
mueve contra sí propia en cruda guerra.

Y lo atiza, y lo inflama,
cual perseguida, ¡oh Dios! de tu anatema;
y chispeante llama
la abrasa y no la quema;
y muere, y vive, y llora, y no blasfema.

Hasta que, al fin, del mundo
deja cansada el viaje tormentoso,
y en tu lecho profundo
demandando reposo
te elige, ¡oh claro Betis!, por esposo.

Y tus ondas serenas
en medio de la noche oscura, triste,
cual brazos de sirenas
bajo su cuerpo abriste,
y en ellas con placer la recibiste.

Y tú, Señor, sentado
en medio de tus coros lo miraste;
y el mal fue consumado;
e impasible callaste;
y en ira santa hirviendo no tronaste.

Y agora te pregunto
a ti que ves los cielos y el abismo
distintos en un punto:

solo igual a ti mismo,
Señor de orbes y mundos, sin guarismo.

¿Por qué muere así el justo?
Por qué en palacios de oro, sosegado,
vive el malo a su gusto?
¿Por qué, de honor colmado,
goza del mundo ante sus pies postrado?

¿Son acaso tus leyes
que el malo triunfe, y que en su saña impía
desde un solio de reyes
de la virtud se ría
y contemple sereno su agonía?

Impía así blasfemaba
la ronca voz del arpa antes sonora,
y al cielo se elevaba
donde el Excelso mora:
¡voz falaz del Averno tentadora!

Pero fuerte y sonoro
cual guerrero clarín súbito acento
baja del alto coro
y atruena el firmamento:
detiéndose a escucharle mar y viento.

¡Gloria al Dios de los cielos,
del abismo y la tierra juntamente!
¿Quién romperá sus velos;
o quién verá patente
como Él de la verdad la eterna fuente?

Ya aplauda su destino
el hombre ciego, o desgraciado gima,
siempre sigue el camino
que invariable termina
del sepulcro voraz en la honda sima.

¡Gloria al Rey de los Reyes!
¡Del espacio y del tiempo! El hombre vea
la salud de sus leyes.
¡Bendito y salvo sea
aquel que ante su Dios se humilla y crea!

Los ecos repetidos

de aquella voz doquiera se escucharon
tierra y aire encendidos
con fuegos mil brillaron:
en sus ojos los orbes retemblaron.

Y en las llamas se veía
la casta virgen. Sus turbados ojos
en alto revolvía
ya con el llanto rojos;
pero en dulce actitud, libres de enojos.

Pasa empero un instante
y dulces tintas de rosada lumbre
al fuego penetrante
suceden: se vislumbra
rauda y asciende a la zafírea cumbre.

Suavísimo concento
en los aires se escucha: refulgentes
querubines sin cuento
por las áureas, rientes,
cruzan cantando «hossanna» reverentes.

Flores llueven del cielo,
de olorosos perfumes nívea nube
se eleva desde el suelo
envolviendo al querube,
y lentamente hasta el empíreo sube.

Y la virgen gozosa
de cándida azucena coronada
se eleva ruborosa
de ángeles rodeada
y al Sumo trono del Señor llevada.

Pero al dejar la tierra,
tan cara y triste al par a su memoria,
mira cuanto ella encierra,
y al recordar su historia:
después de la expiación está la gloria.

Digo..., mas el beleño
que mis cansados ojos adormía
desapareció, y el sueño
que victorias fingía:
sólo era realidad la tumba fría.

Yo luego de esa tumba
riego la tierra en llano: estremecido
oigo que el trueno zumba,
y al terrible estampido
humilde su perdón al cielo pido.

AL SOL

Mares de luz, ¡oh sol!, en la alta esfera
derrama triunfador tu carro de oro
y la vencida luna con desdoro
su antorcha apaga ante tu inmensa hoguera.

Y el águila de rayos altanera
hasta el cielo a buscar va su tesoro;
y esparce al viento su cantar sonoro
del umbroso pensil ave parlera.

Y la tierra y el mar y el claro cielo
penetrados por ti hierven de amores
cual de su esposo al fecundante anhelo.

¿Quién la lumbre te da? ¿Quién los ardores?..
El ser a quien tu luz, que nos asombra,
es fuego sin calor, es mancha, es sombra.

VARIANTE DEL ANTERIOR

Mares de luz por la sonante esfera,
Triunfador de la noche, el carro de oro
Lanza del sol, y su perenne lloro
Suspende el mundo y su aflicción severa.

Dichosa al firmamento va ligera,
Cual despedida flecha audaz condoro,
Y esparce al viento su cantar sonoro
Del umbroso pensil ave parlera.

Y la tierra, y la mar, y el claro cielo
En alegre bullir hierven de amores,
Cuando fecundo el luminar su vuelo.

Emprende ufano entre celestes flores.
Y en tanto muero de tu luz privado;
Que no verte es morir, ídolo amado.

IMPRECACIÓN AL SOL

¡Rey de los astros, eternal lumbrera
del vasto mundo, fecundante llama
que al hombre, al bruto, al vegetal inflama,
y luz, vida, y amor vierte do quiera!

Por ti se rige la anchurosa esfera;
el jilguero feliz trina en su rama;
brilla el rocío, y su caudal derrama,
de flores coronada, primavera.

¿Por qué, cual barro vil, inerte y ciego,
al malvado y al justo igual concedes
tus rayos de oro, tu esplendor, tu fuego?

¡Oh! La luz celestial, al bien propicia,
si severa castiga, da mercedes;
pues Dios no es la *Igualdad*: es la *Justicia*.

AL MAR

Te admiro, ¡oh mar!, si la movible arena
besas rendida al pie de tu muralla,
o si bramas furiosa cuando estalla
la ronca tempestad que el mundo atruena.

¡Cuán majestuosa y grande si serena!
¡Cuán terrible si agitas en batalla,
pugnando por romper tu eterna valla,
con cólera de esclavo tu cadena!

Tienes, mar, como el cielo, tempestades;
de mundos escondidos prodigiosa
suma infinita que tu mole oprime;

Y son tu abismo y vastas soledades,

como imagen de Dios, la más grandiosa,
como hechura de Dios, la más sublime.

EL VIAJERO

Ave de paso que vagando gira
de nación en nación, de gente en gente
y de su amor y de su nido ausente
hoy llora aquí, mañana allí suspira.

Rama infeliz que el ábrego en su ira
del almo tronco desgajó inclemente;
pobre arroyuelo que de ignota fuente
fluye gimiendo y en la mar espira.

Ausente así del caro patrio suelo,
afanosa busco mi edad florida
para el alma un amor y mis amores.

Tormentas fueron y furor del cielo.
Gocen otros el bien: que yo en la vida,
abeja de dolor, libo dolores.

ADIÓS A LA PATRIA

¡Tierra del sol amada,
donde, inundado de su luz fecunda,
en hora malhadada,
y con la faz airada,
me vio el lago nacer que te circunda!

Campo alegre y ameno,
de mi primer amor mudo testigo,
cuando virgen, sereno,
de traiciones ajeno,
era mi amor de la esperanza amigo.

¡Adiós, adiós!, te queda
ya tu mar no veré cuando amorosa,
mansa te ciñe y leda,
como delgada seda
breve cintura de mujer hermosa.

Ni tu cielo esplendente,
de purísimo azul y oro vestido,
do sospecha la mente
si en mar de luz candente
la gran masa del sol se ha derretido.

Ni tus campos herbosos,
do en perfumado ambiente me embriagaba
y, en juegos amorosos,
de nardos olorosos
la frente de mi madre coronaba.

Ni la altiva palmera,
cuando en tus apartados horizontes
con majestad severa
sacude su cimera,
gigante de las selvas y los montes.

Ni tus montes erguidos
que en impío reto hasta los cielos subes,
en vano combatidos
del rayo y circuidos
de canas nieves y sulfúreas nubes!

¡Adiós! El dulce acento
de tus hijas hermosas; la armonía
del suave concento
de la mar y del viento
que el eco de tus bosques repetía;

De la fuente el ruido;
del hilo de agua el plácido murmullo,
más amable a mi oído
que en su cuna mecido
es grato al niño el maternal arrullo;

Y el mugido horroroso
del huracán, cuando, a los pies postrado
del Ande poderoso,
se detiene sañoso
y a la mar de Colón revuelve airado;

De la cóndor el vuelo,
cuando desde las nubes señorea
tu frutecido suelo

y en el campo del cielo
con los rayos del sol se colorea;

Y de mi dulce hermano
y de mi tierna hermana las caricias;
y las que vuestra mano
en el albor temprano
de mi vida sembró, puras delicias.

¡Oh madre! ¡Oh padre mío!
Y aquella en que pedisteis, mansión santa,
con alborozo pío
el celestial rocío
para mí, débil niño, frágil planta.

Y tantos ¡ay me!, tantos
caros objetos que, en mi triste historia,
de miserias y llantos,
marcan a mis quebrantos
breve tregua tal vez con su memoria:

Todos yacen perdidos;
que ausentes del hogar en tierra extraña,
mis penates queridos
lloran entristecidos
en tu almo suelo al refugiarse, España.

¡Puedas grande y dichosa
subir, ¡oh Patria!, del saber al templo
y en tu marcha gloriosa
al orbe, majestosa,
dar de valor y de virtud ejemplo!

¡No te duela mi suerte,
no maldigas mi nombre, no me olvides!
Que aun vecino a la muerte
pediré con voz fuerte
victoria a Dios para tus justas lides.

A SEVILLA

Deja los juegos ya; deja de amores
la liviana canción que te adormía
con blando arrullo en la ribera umbría

del Betis claro, entre galanas flores.

Ya probaste de arte los ardores
y al ronco son de bélica armonía
lidiar supiste en temeroso día,
ganar laureles, merecer loores.

Ciñe, pues, a tu frente la corona
de inmarcesible lauro con que el cielo
de potente y de justo en ti blasona.

Y ya libre del yugo el patrio suelo
por tu esfuerzo feliz, lleva a Helicon
de más noble cantar el raudo vuelo.

AL BOMBARDEO DE BARCELONA EN EL AÑO

De un eco en otro sordo retumbado
el rayo que en Monjuich hórrido suena,
de las precitas playas en la arena
pavor infunde al venegrado bando.

El ay de Barcelona memorando
también allí tristísimo resuena:
más que los gritos del averno atruena
venganza a Dios en su dolor clamando.

Cuando sentado en la Tarpeya roca
Nerón miraba cómo Roma ardía,
y con sus cantos celebraba el fuego.

Eterno emblema a la arrogancia loca
de los tiranos se ofreció, que impía
del popular martirio se hace un juego.

A LA MEMORIA DE DON ALBERTO LISTA Y ARAGÓN

(Para su corona poética)

¡Levanta de tu tumba, oh de la hispana
ilustre juventud émulo y guía!
¡Tú a cuya voz absorto detenía

Betis sagrado el onda soberana!

¡Tú a quien Minerva de su oliva, ufana,
la noble frente coronaba un día
y el rubio Apolo del laurel ceñía
que en la pompa circense el vate gana!

¡Vives, sí, vives; de esplendor vestido
templo el mundo a tu fama es dilatado
y altar augusto la marmórea losa!

¡Alce otra vez tu plectro el gran sonido,
y en hombros de las Musas levantado,
sube triunfante a la mansión gloriosa!

AL MISMO ASUNTO

¿Por qué, tristes, gemís y en desconsuelo
amargo al corazón brota los ojos
ardiente llanto de dolor y enojos,
vestida el alma en funerario velo?

¿Impía querella enderezáis al cielo?
¿La escala de Jacob cubrís de abrojos
y ante míseros restos y despojos
por ella a Dios no levantáis el vuelo?

¡Oh ciegos, que no veis cómo en profundo
gozo bañada el ánima del vate
sube, y radiante, a la mansión de gloria!

Su patria es ella; su prisión el mundo:
aquí, en la vida, desigual combate;
allí, en la muerte, sin igual victoria.

PARA LA CORONA POÉTICA QUE LOS AUTORES DRAMÁTICOS DEDICAN AL SEÑOR CONDE DE SAN LUIS

Sublima al cielo la atrevida frente
el poderoso; a su anhelar estrecho
es el ámbito patrio; al pie del lecho
encadenada la fortuna siente.

Vuelvo a mirar... y el héroe prepotente
por tierra está como ídolo deshecho
al gran soplo de Dios, y el áureo techo
guarida es de traición y odio furente.

¡Oh mengua del poder y su pujanza!,
hoy sella el labio, en su defensa mudo,
el que ayer le ensalzó de zona en zona.

Y muriera sin gloria y sin venganza,
si amigo el Arte no le diera escudo
y de oro y lauro su inmortal corona.

A LA MEMORIA DE DON NICOLÁS DE AZARA

(Para la corona poética del mismo)

¡Bien haya la piedad que augusta ofrenda
de oliva y lauro a tu inmortal memoria
justiciera dedica y tu alma gloria
a las celestiales musas encomienda!

¡Que en la patria infeliz acaso encienda
espíritu vital tu clara historia
y trueque en oro nuestra vil escoria,
llama de honor, que de virtud sea prenda!

Mas no será; que envejecida España
varones como tú ya no concibe,
ni en fecunda labor produce un hombre.

Murió la ínclita edad, ni héroe, ni hazaña
la presente enaltece, y triste vive
sin amor y sin fe, sin Dios, sin nombre.

CONTESTANDO A UNA INVITACIÓN

No niego la costumbre: menos niego
su fin estomacal, su origen santo,
ni el alto rito que con dulce encanto
nos convida de Pascua el grato juego.

Entre pavo y jamón; al vivo fuego
que enciende el vino, repitiendo el canto
del vate alegre, y de una hermosa en tanto
cumpliendo el gusto, adivinando el ruego.

Mas sin que pueda el que con fiebre yace,
dado al demonio, en maldecida cama,
oler siquiera la exquisita cena.

Al Parnaso con ella. Cristo nace:
adoradle y comed. La mesa os llama:
sois cristianos de pro, y es Nochebuena.

FIN